

MEMORIA DE NIETO

Según me consta, yo nací cierta mañana ardiente de un febrero seco del siglo en curso, en el cuarto a la izquierda del comedor —mirando desde el patio— de la casa de mis abuelos paternos, don Bruno da Rosa y doña Eladia Magallanes⁽¹⁾, costas del arroyo Porongos de la segunda sección. En la emergencia me asistió y parece que con felicidad, mi bisabuela doña Balbina Barrios, quien había pedido para sí el privilegio de lidiarme en ocasión tan especial, pues aseguraba que yo habría de llegar el día de su cumpleaños. Y en eso, tuve el gusto de hacerle el gusto a la madre del padre de mi padre.

Enseguida de eso, perdí contacto conmigo. Lo vine a reanudar recién a cuatro años y cinco leguas de allí, ya en mi segunda casa de la segunda sección, en el Rincón de Dávila, adonde me llevaron creo que al mes de nacido. Y fue ya viviendo allí, y después a través de una cadena de visitas a la que todavía de cuando en cuando le agrego un eslabón, que inicié mi re-conocimiento de la casa donde tuve la suerte de que se empalmara el camino de mi vida con la ancha ruta troncal de mis antepasados.

(1) Padres de mi padre y mis tíos Ramón, Ema, Florisbela, Víctor, Ecilda, Bruno, Serafín (padrino del hijo mayor de su hermano mayor), Eladia, Elvira y Balbino da Rosa Magallanes. También de mi abuelo y doña Jovelina Barrios, nacieron mis tíos José y Elvira Barrios da Rosa.

De lo que fue aquella casa vieja en sus mejores tiempos, yo alcancé a ver con mis propios ojos, bastante menos de la mitad. El resto me fue llegando paulatina, suave, hondamente. Un poco, a través de deliciosos relatos en sabroso brasileño fronterizo, que compré a mi abuelo Bruno al irrisorio precio de un mate mal cebado y un tizoncito para el pucho, bajo los enormes paraísos del frente —él en su silla petisa, yo en un banquito de ceibo— a lo largo de inmensas mañanas vibrantes de sol, entre el chisporroteo de cotorras y chicharras y el dulce silbido de la brisa contra las casuarinas.

El otro poco de aquel mundo antiguo, llegó a mi memoria de la memoria del hijo de aquel abuelo, más próximamente emparentado conmigo; aquél con cuya sangre se enorgullecen mis venas y con cuyos nombre y apellidos —Cristino Juan da Rosa Magallanes— quisiera firmar todos mis actos.

Para mí, para toda mi familia, la casa de los abuelos se llamaba "Los Porongos". Sólo nombrarla por ese nombre entonces, era sumergirse en un mundo, aunque explorado, siempre nuevo, fresco, jugoso en la evocación; resguardado por no sé qué misteriosa amalgama de afecto, ingenuidad y luz; habitado por cuantos hay de vivo y de muerto, conocido y desconocido, posible e imposible en el universo entero; pues no en balde para nosotros —conforme con el testimonio de viejos álbumes fotográficos, fantásticas visiones y leyendas sin cuenta— aquélla era tierra donde convivían travesuras de padres niños y luengas barbas de bisabuelos fundadores.

Todo lo que allí había en pie por aquellos tiempos, conservaba el añoso prestigio de un brasilero viejo, estampa de patriarca antiguo, rostro serenamente luminoso y mirada honda; amigo de la tierra y la sementera, los árboles y los hombres; constructor de arados y tahonas; guasquero y forjador; nacido en los tiempos de la pa-

ciencia, el amor a las cosas chiquitas, el saber de las cosas eternas, el poder de las menguantes y las crecientes, el olor de los vientos, el sabor de los pastos, los murmullos de la naturaleza. Ese era mi bisabuelo paterno, don Cristino da Rosa Machado, quien después de muchas décadas trabajando junto a un hermano político⁽²⁾, decidió instalarse por su propia cuenta. Y allí se instaló con su familia⁽³⁾, puso al hijo al frente de la hacienda, para entregarse él a los más diversos cultivos de la tierra y tareas afines, con todos los ardores de la vocación agraria que lo encendía; especie de legado ancestral —o fiebre hereditaria— que recibió de quien sabe qué lejano ascendiente peninsular, para verter luego al torrente americano de la sangre de su raza que él inauguró en América.

Era una casa grande, cuyos tres cuerpos encerraban un patio de más de cien metros cuadrados. Al frente, el cuerpo principal, compuesto por el cuartito de mi advenimiento, el comedor, el dormitorio de mis abuelos, luego el que ocupó mi bisabuela hasta su muerte. Paralelamente, como a doce metros, se alineaba la cocina vieja de ladrillos carcomidos por el tiempo, con el horno de amasar y el negro Bernardo frente a frente; un corredor y el rancho largo que comprendía la despensa, el cuarto de huéspedes y la caballeriza. Cerrando el cuadro, pero sin tocarse por los extremos con las otras construcciones, estaban por un lado el galpón con aleros hasta casi tocar

(2) Don Francisco Saravia (Chico), casado con doña Pulpicia da Rosa, padres ambos de Gumersindo, Camilo, Basilio, Aparicio, Antonio F., Juana, Chiquito, Amelia, Mariano, Timoteo, Teresa, Sensata y José Saravia da Rosa.

(3) Esposa doña Balbina Barrios e hijos Bruno y Elvira da Rosa Barrios. Del matrimonio de esta última con su primo-hermano don Basilio Saravia, nacieron Ciriaco, Cecilio, Carlos, Cristino, Elisa, Susana y Pedro Saravia da Rosa — da Rosa Barrios.

la tierra y la troje al fondo, un cuarto de servidumbre y la bizcachera; por el otro la cocina nueva, abrazada desde atrás por el ramaje de viejos naranjos. En medio del patio el pozo de dieciocho metros, agua permanente, helada y salobre. Próximo el granado; próximo un árbol alto y derecho, llamado alquitrán, y próximo —semejante a un gigantesco quitasol de flecos verde-claro— el inmenso molle de la sierra (anacahuita), bajo cuya sombra olorosa y fresca, aún veo sentada en su mecedora, con un nieto en la falda, una sonrisa a flor de labios y una casi dulce tristeza en la mirada, a la más buena y cariñosa de todas las abuelas del mundo.

Se llegaba marginando un espléndido jardín —orgullo de la madre de mi padre— en uno de cuyos umbrosos rincones lucía una espaciosa pajarera, siempre llena y barullenta. Se entraba luego en un amplio "playo", escenario de memorables yerras los días seis de octubre (cumpleaños de mi abuelo), limitado a la derecha por una quinta de eucaliptos, naranjos y nísperos, a la izquierda por el paraizal, los bretes, un alambrado y la portera de entrada al galpón, y al fondo por la manguera. Hacia todos los rumbos, inmensas, antiguas, todavía compactas arboledas de eucaliptos, acacias, cina-cinas, pinos, cipreses, robles, merbrilleros, perales, etc. Y por aquí y por allá, el tronquerío de las que fueron hermosas quintas de frutales de todas las especies. Rastros todos, de la mano, el amor y la perseverancia de aquel casi legendario fundador de la familia en estas tierras, empujado por la pasión agrícola de sus años mozos.

De cuantos legados paternos recibió mi abuelo Bruno, aquél cuya semilla encontró en todo él, mejor y más propicio terreno para germinar, crecer y fructificar

en forma casi increíble, fue el del amor a la humanidad. Hay hombres que cultivan la solidaridad con todos los cuidados que se prodiga a una planta que se desea, pero que cuesta tener. Hay otros a quienes la planta les nace y les crece ya no sólo sin ellos proponérselo, sino incluso ignorándolo. Mi abuelo pertenecía a un tercer grupo: el de aquéllos a quienes la planta les nace sí, y les crece naturalmente, pero junto con un infinito placer de regarla, prestarle abrigo y protección, para sentirla echar raíces en ellos mismos y ofrecerse entera a cuanto viviente alcanza a pasarle medio cerca. La solidaridad que yo conocí en mi abuelo era de tal especie, que de verla brotar de su pecho, de sus gestos y de sus actos, el menos entendido la hubiera clasificado en el orden de las paternales. Epocas conocí —años y años— de ver vivir en aquella casa, como en casa propia, a más de cincuenta personas entre conocidos y amigos, negros, blancos y "medio y medio", grandes y chicos, compadres y ahijados, hijos y criados, nietos y biznietos. Cuanto pobre infeliz se sentía apretar mundo afuera por la intemperie, el hambre, la enfermedad o la vejez, allí se arrimaba a desensillar y desensillaba por unas horas o por el resto de la vida. Pues allí nadie le preguntaba por cuanto tiempo venía, y allí encontraba techo, abrigo, comida y médico, pues don Bruno se tenía fe para el tratamiento con agua fría, el çuchillo y la aguja. Gente hubo y no de la familia, que nació, creció, se reprodujo y murió al amparo de aquel caserón antiguo. Hubo incluso hasta quienes levantaron rancho entre las grandes arboledas.

No podía haber nada más presagioso para mí, en mis inolvidables tiempos de nieto con abuelos vivos, que el anuncio, siempre con uno o dos meses de anticipación, de una de nuestras cada vez más espaciadas (por la distancia cada vez mayor entre nuestra casa y aquélla) visitas a Los Porongos. Entre valijas y gurises llenábamos la volanta de Gadea. Tanto desde el Avestruz Chico como

desde los Yerbalitos, era viaje de dos etapas. La primera terminaba una tarde y la segunda empezaba una mañana en Treinta y Tres del Olimar.

Temprano salíamos. Era viaje pesado y lento; de tranco y trotecito por entre barro helado en invierno y sobre duro cascote polvoriento en verano, pues de greda y sólo greda estaba hecho el viejo camino que precedió a la actual carretera a La Charqueada. Desde lejos comenzábamos nuestro juego a quien primero reconocía contra el horizonte, entre el sinnúmero de manchas azuladas que el despacioso andar iba descubriendo, la característica mancha azul de la arboleda que marcaba nuestro destino. Somnolientos de campo y camino, sobados por el traque-teo, fastidiados y fastidiosos íbamos ya, cuando allá por un alto se producía el milagro: alguien había conseguido ubicar, lejano aún, pero reconocible, el ansiado borrón oscuro sobre la imprecisa línea de cielo y tierra. El poder de aquella visión era increíble; increíble el bien que hacía en el alma y en el cuerpo. La encontrábamos buena, linda, querida; le decíamos palabras cariñosas, le prometíamos todos los regalos que, deseándolos para sí, prometen siempre los gurises a cuantos seres o cosas quieren premiar si se portan bien: desde el paquete de galletitas y caramelos, hasta el petiso ensillado. Es que realmente hasta ahora uno encuentra digna de cualquier premio aquella casi imperceptible islita donde al fin podían posar nuestros ojos, cansados de andar medio día sobre las siete leguas del mar de ariscas soledades que la separaba del pueblo.

Desde allí en adelante el viaje se hacía liviano. El paisaje se volvía menos esquivo, más sereno, y enseguida empezaba a dividirse en retazos con nombre propio. La vieja estancia de don Julio María Sans, sus grandes plantíos confundándose con los montes del arroyo, la portera desde el camino de la Tuna y hacia el camino vecinal contra las lagunas del Porongos bordeadas de paja brava; otra portera y otra más, un repecho, un chilcal... iban acentuando minuto a minuto el sabor de nuestros presentimientos.

Cuando ya en campos del abuelo, alcanzábamos a divisar los terraplenes de la aguada vieja y luego los barrancos de la cañada, mansita de tan conocida, que la continuaba, la volanta quedaba súbitamente vacía de pasajeros. En mitad del camino de llegada nos estaban aguardando las avanzadas del ejército de mujeres y gurises que salían a recibirlos. Más allá estaba el grueso de aquel ejército; y ya contra la portera de entrada al patio de los paraísos, se apostaba el estado mayor —tías y tíos— capitaneado por los dos viejos de sonrisa inolvidable.

Después venían los demorados, los memoriosos días de sol y sol, campereadas sin fin, juegos a lo largo de los caminos entre los árboles, meladas de camoatíes, hartazgos de peras y membrillos, baños en las lagunas del arroyo, andar y andar por el espacio sin hitos y por el tiempo sin horas ni fechas, de la edad feliz e irresponsable cuando el campo es siempre orégano, el cielo siempre azul... la conciencia siempre blanca...

Tristes, lo que se dice tristes, eran las despedidas de Los Porongos. Cada vez más tristes. Pues cada vez quedaba allí un pedazo más grande de aquella edad y uno más chico de tiempo para vivirla. Quedaba en cada rincón y en cada mueble de la casa vieja; entre las plantas del jardín, junto a las cosas del patio, a lo largo de las grandes avenidas, en la penumbra de cocinas y galpones, en el canto de los gallos, el ladrido de los perros... en las sonrisas de los amigos Bernardo, Chola, Ubaldina, Cafuncho, Talalo, Goyito Lemos, Ignacio Medina, Quena, María Elvira, Felipe y Ambrosio viejo... en el rostro de tíos y tías... en las arrugas cada vez más pronunciadas, el pelo cada vez más blanco, las miradas cada vez más dulcemente tristes de los dos viejitos cuyas figuras "en adiós" iba después borrando el increíblemente rápido andar de la volanta, al rayar la siempre fría mañana del regreso. Días nos duraba, en un principio, el sabor amargo

de aquellas despedidas. Meses, nos duraba después. Luego, años. Y ahora... ahora, la vida.

Desdichadamente para mí, estas memorias quedaron truncas. Las truncó la muerte. La muerte de mis abuelos maternos. La de ella, mucho antes, la de él poco después de que yo naciera. No conocí pues, a ninguno de ambos. De ahí debe provenir seguramente, gran parte de estas arideces que alagan (sin "h", por cierto), extensas zonas de los territorios de mi yo.

Decir abuelos respecto de un niño, es como decir raíces con relación a una hoja. Esto es, medio de contacto con el emento nutricio primario, en aquel caso la inocencia. No debe haber ejemplo tan notable de extremos que se buscan, como el de estos dos extremos de la vida. ¡Y cómo se buscan! ¡Y cómo se encuentran! La explicación de tan misteriosa afinidad debe estar, necesariamente, entremezclada con la de esa maravillosa similitud entre un amanecer y un ocaso. Si ésta proviene de la equidistancia de dos puntos del camino del sol, en relación con un punto que se llama cenit, aquélla debe provenir de la equidistancia de dos tiempos del camino del ser, en relación con un tiempo que se llama plenitud. Por la mirada y la sonrisa es fácil identificar a un viejo sin nietos; tanto, como a un niño si nabuelos. A ambos en ambas les falta luz: la suave luz del atardecer, allá; la tierna luz de la aurora aquí.

Pues a mí me llegó a medias aquella luz. Desde un solo lado: el de costas del Porongos. Si me hubiese llegado también del otro —costas del Avestruz Chico— es posible que mi sonrisa y mi mirada de otrora hubiesen lucido distinto; tal vez como estoy seguro que van a lucir el día que comience a cumplirse una doble promesa que me tiene hecha mi hijo hace tiempo: "no parar hasta los ocho gurises" y cederme la mitad.

De cuanto siento no haber podido conocer a aquel sufrido viejo Gerónimo Caétano ni a aquella dulce mu-

jer Amelia Olivera,⁽⁴⁾ sólo ha podido compensarme lo que siento por haberme formado en las entrañas de la dulce mujer sufrida a quien ellos dieron el ser. Sé de mi abuela, que provenía de una humilde familia campesina; que se casó a los veintiocho y murió a los treinta y tres años; que dejó cinco hijos entre los cinco años y los tres días de edad. Y que de haber podido desde su regazo, mirarme en la hondura de los ojos que luce el único retrato suyo que conozco, yo habría sido mucho, pero mucho más bueno.

Sé de mi abuelo Gerónimo, que fue uno de aquellos antiguos titanes que anticipándose a la receta de Almafuerte, "si cien veces caían, cien veces se levantaban". Que cayó y se levantó mil veces. Que dejó diecinueve hijos, de acuerdo con la bíblica usanza de aquellos lindos tiempos. Que gustaba alternar las duras jornadas de los días sin fin, con prolongadas lecturas robadas al descanso de las noches. Que era amante de la prosa y de la música, las fiestas y los paseos. Que llevaba apuntes (¿acaso un diario?) de los hechos más salientes de su vida. Que no sería aventurado suponer que entre esas inclinaciones de su espíritu, anduviere aleteando alguna vocación artística hecha pedazos entre los zarzales de la vida dura.

La estancia vieja estaba a pocas cuadras de Avestruz Chico. Allí sigue estando, ocupada por la familia de mi tío César, a quien le tocó por herencia. Tan antiguas, pocas o ninguna deben quedar en la zona. Su disposición es la misma de todas las de la época. Cuerpo principal con grandes puertas y ventanas enrejadas hacia el frente, compuesto de amplia y severamente amueblada sala-comedor y varios dormitorios. Haciendo ángulo recto por el sur en otro edificio se alineaban la cocina, la despensa y el cuarto de huéspedes; y por el norte, dormitorios y

(4) De su primera esposa Anacleto Bonilla, nacieron Silveria, Liborio, Apolinario, Josefa, Gerónima, Doroteo, Anacleto y Silbina; de mi abuela fueron César, Anatolia, mi madre, María Dorotea y Alejandro; naturales, Gerónimo, Juana, María Magdalena, Remigio, Dorotea, Nicomedes y Sandalio.

otras dependencias. Luego, cerrando totalmente el patio, la pieza sin duda alguna más importante de todo el engranaje de la estancia de entonces: el infaltable galpón gigantesco con espacioso portón al norte. En los alrededores corrales, bretes, galpones menores; pocos árboles, como también correspondía al uso de la época.

Yo la visité una vez a los dos, una segunda a los seis y dos veces entre los dieciséis y los dieciocho años. De aquella primera visita, naturalmente nada recuerdo. Y es de ella justamente, que todo quisiera recordar. Pues fue provocada por la enfermedad y luego la muerte de mi abuelo, de cuyos labios hubiese querido fervorosamente guardar algún mensaje, con el que sin duda tendría hoy otro calor esta pálida memoria de nieto. Pero además, he "descubierto" que aquella visita demandó una travesía de casi treinta leguas en sulky y tiempo de verano con mis padres, cuyas seguramente pintorescas alternativas hubiesen a su vez aportado algún colorcito al presente relato.

Poco más de nada me quedó de la segunda visita. Tenía seis años y era la primera vez que me desprendía de las polleras de mi madre por más de unas horas. Y fueron tres días de recorrida en sulky por casas de parientes en compañía de mi padre, con punto de partida en la estancia vieja de Lago, donde vivíamos entonces y estación en la Isla Patrulla. Tres días de vergüenza para el viejo, viéndome —semejante gurí— a los berridos porque "extrañaba a mamita". Mi tía Dulcia, recién casada entonces con don César, se pasó una tarde poniendo discos en un gramófono, buscando entretenerme y medio tapar mis gritos. Pero hasta que no vi el sulky prendido para volver, me estuve acodado sobre el marco de una ventana, mirando para el camino y dele aullar como cuzco extraviado.

Es de la tercera y cuarta visitas que guardo algunos recuerdos dignos por lo menos de ser evocados aquí. Ya a la edad que tenía entonces, yo había recorrido largos

capítulos de la interminable historia de aquella casa vieja. Del brazo de mi madre, los había recorrido. A veces, del de mis tíos Liborio, Apolinario, Silveria, Alejandro, César —y desde más cerca— Remigio (bueno como el más bueno), Pepa (hecha para sufrir y sonreír), Anatolia (de cuyo querido recuerdo resaltan sus ojos inmensamente tristes) y Dora (la madrina más buena de este mal ahijado).

De modo que fue quedarme solo en una de aquellas habitaciones descomunales, y empezar enseguida a "hacerme cargo" de una infinita cantidad de cosas y cosas que se iban desprendiendo de techos, paredes, muebles y retratos polvorientos, para venir hacia mí recorriendo distintos caminos de la memoria, abiertos por los capítulos que yo había aprendido de la historia larga. Me hice cargo, por ejemplo, de que en aquel "cuarto de las muchachas", durante años y años había dormido sus noches de hija sin madre, la muchachita de mi madre. De que en el otro, el de huéspedes, quien sabe cuántos cigarros se fumó —a lo largo de quien sabe qué cavilaciones a su edad y en lo que andaba entonces— el repetido huésped que según me constaba supo ser mi padre allí. Recuerdo haber discurrido, además, sobre lo que debió ser el noviazgo de ellos dos, en un rincón de la inmensa sala silenciosa, vigilados por los grandes retratos en óvalo y, desde la habitación contigua, por aquél que nada tenía de retrato, cuyos pasos y carraspeos —y barullentos bostezos cuando la hora empezaba a caminar sin que los novios se movieran— no hubiera dejado de oír ni el más distraído de los enamorados.

Pasé luego a figurarme las grandes fiestas de bodas, cumpleaños, nacimientos, yerras, etc., que le dieron fama a aquella casa en sus buenos tiempos de mozos solteros y mozas "en edad de merecer"; los memorables bailes de entonces, las serenatas a la moda vieja (todo programado por los aspirantes a futuros yernos, nueras y consuegros; todo pagado por el dueño de casa). Estuve recordando detalle tras detalle, tal cual lo había oído mentar, el pomposo casamiento del par de novios antes citados, a

quienes unió en matrimonio un gran juez y estimado vecino llamado Lucas Goyenola.

Finalmente anduve horas recorriendo aquel antiguo laberinto, tras los pasos del que había sido afanoso hacedor de su casi legendaria época; el estanciero romántico y heroico, a quien no tuve tiempo de llamar abuelo antes de que se muriera. Y si algo no me engaña ahora, estoy seguro de haber tenido la suerte de verlo aquella vez. Verlo desde el principio al final de su vida azarosa y proteica. Verlo hecho un titán en los tiempos del comienzo, aporreado por la mala suerte, derrotado, fundido, pero siempre empinado sobre la tierra, como un vencedor; verlo chiquitito en las horas de dolor ante dos esposas y varios hijos muertos, quemado hasta la sangre, recogido, inclinado sobre la tierra, mas siempre entero, como un hombre; verlo vuelto una madre ante los hijos sin madre, estremecido de ternuras, olvidado de sí mismo, sacrificado en el ejemplo, comprensivo, hondo, como un apóstol. Verlo... verlo hecho un niño (lo vi yo), ante los hijos de sus hijos en cuya compañía la muerte no le permitió morir.

No se si esta nota podrá servir para algo a alguien que no sea yo. Se, eso si, que a mí me ha servido para comenzar a cumplir con una deuda que me viene pesando cada día más, desde cierta mañana ardiente de febrero seco y año bastante regular del siglo en curso. Y para otra cosa, me ha servido: para saber qué agradable resulta escribir memorias de nieto... cuando ya se está próximo a comenzar el camino de abuelo...